

Cambiar el mundo

Josep M. Rodríguez

En 1983, Kevin Carter empezó a trabajar como reportero gráfico. Soñaba con capturar una imagen que diera la vuelta al mundo. Y su oportunidad llegó diez años después, en una aldea de Sudán, donde retrató a una pequeña niña desnutrida tumbada en el suelo con un expectante buitre justo a su espalda. La instantánea –que se publicó en *The New York Times*– fue galardonada nada menos que con el premio Pulitzer. «Que se cumpla aquello que deseas», reza una antigua maldición china. Y hasta cierto punto eso fue lo que le pasó a Carter: su impactante fotografía fue tan elogiada como criticada su actitud por no haber ayudado la niña.

Y es que Carter estaba acostumbrado a moverse por Johannesburgo en los tiempos más violentos del *apartheid*, siempre de un lado para otro, acelerado, sudoroso, casi sin dormir, echando mano de las drogas cuando su cuerpo ya no daba para más, pero con la mochila al hombro y la cámara preparada en todo momento para retratar las dos caras de la muerte: la de los cadáveres rodeados de sangre y la de quienes empuñaban el machete o el *kalásnikov*. «Porque sé que los sueños se corrompen / he dejado los sueños», escribe Luis García Montero en «El insomnio de Jovellanos». Y sin duda Carter había abandonado los suyos. Inmune ante la realidad. Como si lo que contemplaba por el visor de su cámara no estuviese sucediendo realmente. Por eso se marchó sin más después de tomar la fotografía de la niña y el buitre.

«Está solo. Para seguir camino / se muestra despegado de las cosas», apunta García Montero en otro de los textos de *Habitaciones separadas*. Un libro que se publica en 1994, precisamente el año en el que Carter recibe el premio Pulitzer. Y en el que se sui-

Luis García Montero: *Un invierno propio*, Visor, Madrid, 2011.

cida. Vuelvo a «El insomnio de Jovellanos»: «En el mismo horizonte / del que surgen los días y la luz / que acaricia los pinos y calienta mi celda, / surgen también la noche y los naufragios».

Tras este fragmento, el monólogo interior continúa y hace referencia directa a una de las dos citas que abren el libro. No a la «Epístola moral a Fabio», sino al alejandrino de Juan Meléndez Valdés: «El invierno es el tiempo de la meditación», que en cierta medida parece avanzar el título del más reciente trabajo de García Montero: *Un invierno propio*. Para el autor granadino, la poesía ya no es sólo un lugar donde guarecerse –ese cuartel de invierno al que aludía el rótulo de un conjunto de ensayos publicado en 1988–, sino también el espacio donde reflexionar acerca de la memoria, el paso del tiempo, la amistad, el amor, la propia escritura o, incluso, los sueños, en lo que se asemeja a una revisión o reformulación de «El insomnio de Jovellanos»: «Cuando expulsé los sueños / para no traicionar la realidad, / conocía su herida, / el peso de la noche y su presencia, / pero no calculaba su vacío».

Los versos de García Montero se han caracterizado desde siempre por una lucidez que en absoluto desmerece la de sus textos teóricos. Y a la que hay que sumar un sustrato ideológico que se ha ido haciendo cada vez más evidente, hasta algunos poemas de *Vista cansada* como «Democracia» o «Defensa de la política»: «Y qué decir de ti, / amiga mía, / compañera de curso en la Universidad / y más tarde serpiente vigilada / en las conversaciones, / igual que una epidemia por las calles. / Y qué decir, / sino que te conozco desde hace mucho años / y vivo de tu parte». Pues bien, ese sustrato o componente moral es uno de los ejes vertebradores de *Un invierno propio*: «Son estas las razones de que siga en política. // El mundo es triste y duele / y no existe un dolor / que no merezca ser compadecido».

Ahora bien, mientras *Vista cansada* era una especie de ajuste de cuentas biográfico –un ver los pasos por donde se ha venido–, el último libro hasta la fecha de Luis García Montero es un arma cargada de presente. Porque esta actualidad en sombra invita a ello: «Salgo a la calle, leo los periódicos, / navego el mar de leva que mueve las noticias, / observo las coronas, las órdenes exactas, / los palcos de la fiesta, / lejanamente oigo / la voz de los discursos». Sin demagogia. Sin proclamas fáciles. Como diría el escritor

sueco Stig Dagerman, es tan sólo la palabra de alguien que ha sabido «mantener los ojos abiertos en la sombra».

Para el autor de *Y ahora ya eres dueño del puente de Brooklyn* –su primer libro, 1980– la poesía sigue siendo útil. Que es lo mismo que pensaba Kevin Carter de la fotografía, mediante la cual trataba de reivindicar la situación del continente africano a finales del siglo XX. Aunque Luis García Montero no se contenta con retratar o denunciar la actualidad. Necesita intervenir. Proteger a la niña de los buitres: «Me niego a la impostura / de una verdad que vive sin pedirme opinión, / como una mala voz que sobreactúa / para dejarse oír en una escena / que no le corresponde». O también: «La verdad no es un punto de partida / como piensan los puntos cardinales. // Por eso escribo para que me lean, / y cuido las palabras, y persigo / la realidad en sus significados, / y procuro en el orden de mis ojos, / en la prosa del mundo, / que el realismo del sur / nos cite en una plaza con palmeras, / que el norte no se olvide de la nieve».

La conciencia social de García Montero le emparenta con autores como Blas de Otero o Ángel González, a cuyo encuentro parecen querer llevarnos los versos de «Los idiomas persiguen el desorden que soy»: «Mi nombre es Luis, / soy español, / vivo en Madrid, / en el número uno, calle Larra».

Se suele creer que la altura de un poeta depende de aquellos aspectos que lo singularizan, es decir, que lo hacen diferente a los demás. Pero es tan sólo un convencionalismo. Y así lo advierte T. S. Eliot en *El bosque sagrado*, «en cuanto nos enfrentamos a un poeta sin ese prejuicio nos damos cuenta de que, no sólo los mejores, sino los pasajes más individuales de su obra, suelen ser aquellos en que los poetas muertos, sus antecesores, manifiestan su inmortalidad con más vigor». En el fondo, no deja de ser un proceso natural: mientras los autores jóvenes se esfuerzan por parecer distintos, originales, nuevos; aquellos que han alcanzado la madurez literaria y se sienten seguros con su decir, dejan de temer a los maestros. Es entonces cuando se dan cuenta de que la tradición no se hereda, sino que se conquista. Es entonces cuando hacen hablar a los muertos.

Hace ya tiempo que García Montero ha demostrado tener bien aprendida esa lección. No en vano, desde muy pronto demostró

una firme personalidad y un mundo muy definido que no ha dejado de ensancharse con el paso de los años. «Yo habité los poemas / que me van haciendo como soy», confiesa en un texto de *Vista cansada* titulado «Jaime». Como es obvio, el rótulo alude a Jaime Gil de Biedma, a quien las páginas de *Un invierno propio* convocan también de forma clara en dos o tres de ocasiones. Y lo mismo sucede con Luis Rosales, con Luis Cernuda o con los ya mencionados Blas de Otero y Ángel González –a quien recientemente ha dedicado la novela *Mañana no será lo que Dios quiera*–. Mucho menos evidente es quizá el siguiente fragmento: «Mientras la tarde cae / en esta hora larga de belleza en el cielo / y hago mío sin prisa / el rojo libre de la luz, / pienso que soy el dueño del minuto que falta / para que el sol repose bajo el mar. // Esa es mi razón, mi patrimonio, / después de tanta orilla / y de tanto horizonte, / ser el dueño del último minuto». Un fragmento en el que parece resonar de fondo el Jorge Guillén de *Clamor*: «Vivir es algo más que un ir muriendo, / O un no morir aún. / ¿El último minuto? Que me aguarde. / Gran orden cronológico. / Respiro, no agonizo, vivo y vivo».

Y eso es, en definitiva, *Un invierno propio*: la obra de un autor en plena madurez expresiva que ha sabido macerar las palabras en la reflexión y el silencio –«antes de deshojar las palabras comunes, / necesito la rosa de la noche / que tiembla en mi silencio»– para ponerse de parte de la vida y, en especial, del amor: «Me consuela el amor (...) es una impertinencia que desafía al tiempo».

Pero no sólo el amor desafía al tiempo. También el arte. Y la poesía. A estas alturas nadie duda de que Luis García Montero es un autor imprescindible para entender el devenir de la lírica española en este salto de siglo. Y ese es el verdadero reto. Porque el lector compara cada nueva entrega con los mejores versos de *Las flores del frío* o de *Habitaciones separadas*. En el fondo es como competir con nuestra sombra. Y, sin embargo, García Montero ya salió victorioso de ese desafío con *Vista cansada*. Y ahora lo ha vuelto a hacer. Decía Dylan Thomas que un buen poema contribuye a la realidad, pues el mundo nunca es el mismo después de que se le añada un buen poema. Me pregunto si acaso puede existir mejor definición de *Un invierno propio* ©